

---

## Metáfora y Filosofía del Lenguaje

---

*Yolanda Fernández Acevedo - Raquel Cornejo - Hugo Saravia -*

*Roxana Ortín*

*Consejo de Investigación, Universidad Nacional de Salta*

### ¿Por qué interesa la metáfora a la Filosofía?

La metáfora, ese «*genus* del que los otros tropos son especies», según Beda el Venerable, citado por Eco (1984), es uno de los enigmas más complejos, toda vez que el pensamiento filosófico intenta decir algo acerca del lenguaje. El hecho mismo de que usemos el término «metáfora» como una sinécdoque, para referirnos a cualquier otra figura del lenguaje, (cuando oponemos, por ejemplo «lenguaje metafórico» a «lenguaje literal»), parece decirnos algo acerca de su importancia en toda teoría del lenguaje. Desde el mismo momento en que Aristóteles planteó el problema ( y lo planteó en su doble dimensión, en la *Poética* y en la *Retórica*), la cuestión apareció como englobando tanto el lenguaje extraordinario de los poetas, como el habla ordinaria. Marcar los usos del lenguaje, discriminar la potencia del discurso, sugerir distinciones en el campo de la elocuencia, todo esto estuvo presente, sin duda, desde los primeros análisis aristotélicos. El lugar central, de la cuestión quedó así planteado, y hasta podríamos decir fijado, asegurando a la comprensión de lo que sea la metáfora, un puesto de privilegio para las artes y las ciencias del lenguaje (pero también un lugar de excepción para la filosofía). Es, en este sentido, legítimo asegurar que «la metáfora ofrece un buen campo de pruebas para una teoría de la interpretación» (Rabossi, 1992), que aprender algo de la producción y comprensión de metáforas implica la posibilidad de encontrar un «grado cero» que nos permita distinguir entre significado literal y significado metafórico (Eco, 1990); que distinguir tales cosas supone

elaborar teorías sobre el uso y la intencionalidad (Searle, 1980-1985); sobre las formas en que las metáforas impregnan el lenguaje cotidiano y la visión del mundo del hablante (Lakoff y Johnson, 1980); el lenguaje público en la argumentación del político, del jurista, del maestro (Perelman, 1958); en la construcción de nuestra categorización del mundo, (tal como lo explica la psicología cognitiva), en la descripción del conocimiento y en la construcción de modelos cognoscitivos en la ciencia, (Black, 1961); o bien en la elaboración de complejas redes conceptuales en la filosofía (Derrida, 1971 y Rorty, 1989).

Si bien la filosofía reclamó desde Aristóteles un espacio de reflexión sobre la metáfora, las ciencias y las artes del lenguaje acuñaron un pensamiento específico desde la conceptualización del discurso poético y extendieron redes taxonómicas complejas y minuciosas, en las que lo descriptivo se unía a lo prescriptivo. Tal fue, en gran parte, lo que motivó una pérdida, y hasta cierto punto un descrédito, en los intereses filosóficos acerca de la metáfora. El mandamiento del filósofo, para algunas tradiciones filosóficas, pasó por un «no comerás metáfora» (Black, 1961), aunque, al decir del mismo Black, aquí la naturaleza del delito es oscura. La rehabilitación del tema de la metáfora fue no sólo obra de filósofos como el ya citado, sino también de lingüistas que se cansaron de tratar a las figuras del lenguaje sólo como anomalías y desvíos del lenguaje literal. Plantearse la autonomía y la irreductibilidad del sentido metafórico, o la presencia en el lenguaje ordinario de metáforas «muertas», implica reconocer un estatuto algo más relevante para la consideración de los tropos. Quizás fue justamente reconocer, con un representante clásico de la retórica como Du Marsais (citado por el grupo) que «... se hacen más figuras en un día de mercado que en varios días de asambleas académicas» (o que en las obras más excelsas de la literatura), lo que llevó a reconsiderar el lugar de la metáfora en la filosofía del lenguaje, pero también en las ciencias, en la psicología, la sociología, la antropología, la inteligencia artificial. Ya no se trata de un ámbito acotado para la filosofía o la retórica; los límites disciplinarios de los estudios acerca de la metáfora desbordan sin cesar hacia fronteras cada vez más lejanas. Desde este punto de vista, podemos decir que la fisonomía conceptual del problema que propone la metáfora se vuelve cada vez más amplio, resultando en las últimas décadas de una frondosidad difícil de estimar en su conjunto. En una ya famosa bibliografía razonada sobre la metáfora, Shibbes (1971) registra algo así como tres mil títulos, no incluyendo, sin embargo, mucho de lo que ya se había escrito para esa fecha, (incluidos clásicos de la tropología como Fontanier), y por supuesto, todo lo que posteriormente se escribió sobre el tema: Ricoeur, Searle, Davidson, Eco, etc., sin contar la nueva retórica, la lingüística pragmática, etc.

Trabajar hoy sobre la metáfora implica reconocer una tradición filosófica por un lado, una herencia de la retórica y la poética por el otro, y el concurso, en nuestros días, de nuevas especulaciones que provienen de consideraciones multi e interdisciplinarias de temas tales como grado cero y lenguaje literal, diccionario y enciclopedia, semántica de mundos posibles, intencionalidad, lógica de la investigación científica, contexto e intertextualidad, etc.

Este verdadero auge de los estudios sobre la metáfora, y la pluralidad y heterogeneidad de los sectores que convoca, nos hacen reflexionar sobre la multiplicidad de encuadres, perspectivas y tradiciones filosóficas que convergen en la metáfora. No se trata sólo de una cuestión de filosofía del lenguaje, sino de cómo esta problemática impregna, a nivel epistemológico y lógico (pero también ontológico), la filosofía misma.

### **Perspectivas tradicionales del problema**

En el inicial planteo aristotélico, la misma consideración del problema de la metáfora desde los libros de la *Retórica* y la *Poética*, propone una dualidad a partir del uso del discurso y de las situaciones del mismo. A esta dualidad es particularmente sensible Ricoeur (1975), al conjeturar que esto plantea que estudiar la metáfora, es estudiar no solo su función poética, sino también su lugar en las artes de la elocuencia, en la búsqueda de la persuasión. El lugar de este discurso es público (se ejercita en la plaza, se busca convencer al auditorio). La retórica, tal como la entendía Aristóteles, alcanza una teoría de la argumentación, una teoría de la elocución, y una teoría de la composición del discurso. Esta retórica era ya antigua cuando la prestigia Aristóteles: se dice que la inventó Empédocles. La sofística había abundado en el uso y la descripción del discurso hasta a veces suponer que la argumentación verosímil podía ser la verdad. Supereditar a las artes del lenguaje el registro de lo verdadero es la conocida acusación de Sócrates y Platón a los sofistas; pero Aristóteles, al trabajar las figuras del lenguaje en esta doble dimensión, sitúa la cuestión de la metáfora, no sólo en la creación poética, sino en todos los usos relevantes del lenguaje.

La metáfora aparece situada tanto a nivel de la *Poética* como en el dominio de la *Retórica*. Pertenecce a ambos campos. El universo político en que se desenvuelve la elocuencia no desconoce de sus poderes, así como el mundo de la tragedia, la representación ficcional y la *catarsis*, se sostienen en ella.

La pregunta sobre la metáfora, la indagación sobre sus recursos, la exploración de sus alcances, pertenece a ambos discursos, es decir, no es ajena a ninguno de ellos. Esto no implica confusión: ambos universos permanecen distintos.

Pero para la metáfora habrá una función retórica y una función poética.

Se trata de que la Retórica abarcaba algo más que las figuras del discurso. Se trata de una función comparable a la poética. La elocuencia pública, los dominios de la persuasión, el arte y la técnica de la argumentación, necesitan de una teoría de la metáfora tanto como el discurso poético. La tropología, en sus momentos más decadentes, en la retórica devenida ciencia fútil del ordenamiento de figuras, realizará una notable amputación del pensamiento aristotélico, negando esta parcela de la investigación. Perelman (1958) reconoce esta falencia, y sutura el saber retórico con el pensamiento filosófico.

Aristóteles no dejó de pensar filosóficamente la retórica, la que se encuentra de alguna manera vinculada al *Organon* y a la filosofía primera. En el vasto programa aristotélico, la racionalización de una disciplina, la elocuencia pública, forman parte de un intento por convertir el uso salvaje de la palabra y sus poderes, en un corpus que no se reduzca a una técnica ni a una mera taxonomía de figuras.

Se trataba de evitar para la Retórica el convertirse en un poder de disponer de los hombres disponiendo de las palabras. El uso público de la palabra en el tribunal, la asamblea, los lugares cercanos al poder, bajo formas seductoras que obligan con invisible violencia, son convertidos en Aristóteles al raciocinio medurado de un arte en el que integra las ciencias del lenguaje.

Aristóteles define a la metáfora como «la traslación de un nombre a una cosa distinta de la que tal nombre significa». Esta operación puede llevarse a cabo mediante desplazamientos de género a especie, de especie a género, de especie a especie, o por analogía.

Esta clásica definición, que todavía hoy repiten muchos diccionarios, mantuvo su fuerza durante largo tiempo; casi todo lo que se escribe durante siglos sobre metáfora, lleva el sello de esta aproximación afortunada. La discusión de sus alcances nos sugiere que:

1. Aristóteles parece conceptualizar el uso metafórico como un «desvío» del uso corriente. Esto implica aceptar, al menos, la existencia de dos niveles de uso: un uso literal, ordinario, donde la palabra designa lo que significa, y un uso metafórico, en que la palabra pasa a designar otra cosa, fuera de lo habitual.
2. El uso metafórico sería un «préstamo» de un nombre para otra cosa. Un cambio de lugar. Un movimiento, donde la palabra prestada toma el lugar de un nombre ausente.
3. Parecería que este uso particular vendría a llenar un «vacío semántico», poniendo un nombre allí donde no habría ninguno capaz de designar precisa-

mente esa cosa.

Si analizamos estas cuestiones, advertimos que Aristóteles inicia aquí la teoría del «desvío». Un nombre se desvía de su recto significado, una palabra «extranjera», se desplaza a cubrir un lugar para el que no disponemos de nombre. Desvío, préstamo, la dicotomía «sentido propio»-«sentido figurado». ¿Quiere esto decir que habríamos podido evitar la sustitución, disponiendo de una palabra para cubrir ese vacío? y, si esta palabra existe, ¿por qué usamos otra? ¿Existe acaso una palabra corriente, un término de sentido propio, que hemos sustituido por el metafórico?

Aristóteles parece concluir que se trata, o bien de llenar un vacío semántico, o bien de adornar el lenguaje. La función de ornamentación será la preferida por la tropología clásica: la metáfora, durante mucho tiempo, aparecerá sobre todo como el recurso hábil del poeta para engalanar su lenguaje, para hacerlo distinto del vulgo. Una cuestión de ornamentación, sin mayores implicancias filosóficas, una cuestión después de todo, epidérmica, cosmética, ingeniosa, que no afecta demasiado al discurso mismo.

Pero Aristóteles puede ser cualquier cosa menos trivial. La forma en que la metáfora realiza su cometido, esas operaciones de desplazamiento que nos remiten del género a la especie y de la especie al género, o de la especie a la especie, muestran la vinculación de este problema con la ontología aristotélica. La cuestión misma de la analogía (cuestión que Tomás de Aquino y el pensamiento medieval se encargarían de extender hacia nuevos dominios) no puede ser interpretada de una manera banal.

Se trata de que la metáfora opera sobre un orden ya constituido por la lógica, un orden ya reglamentado en géneros y especies. Se trata de un dominio de relaciones. Estas relaciones están marcadas en el lenguaje. El *Organon* ha estudiado esta estructura del lenguaje, la trama lógica de todo discurso posible. Las categorías de este lenguaje no son otras que categorías ontológicas. La metáfora, entonces, implica reconocer, y a la vez transgredir, la estructura lógica del lenguaje. Sustituir una palabra por otra no es un juego sin consecuencias: se trata de una transgresión categorial. Claro que aquí no está presente la «category-mistake» de Ryle (1949), ya que Aristóteles sólo intenta mostrar, en esta transgresión de categorías, una suerte de ampliación de dominio, realizado con un costo lógico mínimo. De alguna manera, el desvío, que parecía sólo dado en el léxico, es un desvío que amenaza, o por lo menos altera, la categorización del mundo. Este desorden, esta alteración, es, sin embargo, productora de sentido.

El poeta desordena el mundo, para reconstruirlo desde otro orden. «El poeta nos instruye», dice Aristóteles en la Retórica, «y nos da un conocimiento». Aquí

parece situarse otro problema: la metáfora estaría en el centro de una lógica del descubrimiento. Al brindar una redescrición del mundo, un nuevo orden categorial, aparece una nueva información. La función heurística de la metáfora es una conjetura presente en el pensamiento aristotélico.

Metaforizar, hacer bien las metáforas, es, en este sentido, percibir y señalar relaciones. Y una de estas relaciones, la más importante, es la de semejanza. La transgresión categorial, la redescrición que propone su calculado desorden, producen el reconocimiento de la semejanza. Aquí queda planteado un problema: el poeta, ¿señala o produce semejanzas? ¿De qué modo altera el orden del mundo, para engendrar semejanzas?

El planteo de la comparación en la *Retórica*, que luego habría de descollar en Quintiliano, no es otra cosa que argüir sobre la forma de producción de la semejanza. Entre dos términos, la comparación facilita el acercamiento entre dos cosas.

Sin embargo, en Aristóteles hay siempre subordinación de la comparación a la metáfora. La comparación verifica un acercamiento entre términos, pero no es la metáfora. El poeta nos da un conocimiento, una información, con el acercamiento de términos. Nos sorprende, nos desorienta, nos muestra un parentesco. Pero la metáfora la supera en su presentación de un orden nuevo, sin pasar por el largo camino de la minuciosa comparación. En la metáfora, «...se pasa al estado de espíritu opuesto al que se estaba antes, el espíritu entonces parece decir: sí, es la verdad...», enuncia en su *Retórica* Aristóteles.

Aristóteles usa el término metáfora en forma genérica. Todo tropo posible es nombrado de esta manera, por una curiosa sinécdoque. En su propia clasificación, los ejemplos que arguye (a veces un tanto oscuros para nuestra sensibilidad actual) confunden muchas veces metáfora con sinécdoque o metonimia. Tal aparente confusión puede ser interpretada de una manera no banal si acordamos con Aristóteles que las taxonomías exquisitas no hacen otra cosa que establecer una estéril «botánica de figuras» (Ricoeur, 1975), cuya descripción no llega a lograr la explicación demandada.

¿Cómo se establece la metáfora? Eco (1984) conjetura que sería útil recurrir a un árbol de Porfirio para explicitar cómo opera. En lo que hace a la traslación de género a especie, parece un artificio lógico. Sustituir caballos por animales, según el ejemplo canónico que propone Eco, parece recordar que, de acuerdo a las Categorías, dos cosas son sinónimas cuando se pueden nombrar de esta manera.

En el segundo tipo, el recurso constituye una implicación material formalmente correcta, en el que el ejemplo de Aristóteles es: «miles y miles de empresas

realizó Odiseo», donde «miles y miles» sustituye a muchas. La estructura del mundo y la estructura del lenguaje aparecen isomorfas. La metáfora es lógicamente correcta, «aunque un poco sosa», como dice Eco.

El tercer tipo de metáforas aparece como más interesante. El ejemplo de Aristóteles muestra una « semejanza » entre «apurar» y «cercenar». «Habiéndole apurado la vida con el arma de bronce» y «Habiéndole cercenado el agua con la copa de bronce», aparece en Homero como una comparación de tres términos: *cercenar*, *apurar*, *quitar*, metáfora cuya desambiguación nos lleva a admitir que el arma (en Ares) es como la copa (en Dionisos) un atributo, y, aunque desemejantes en el mundo, en la ficción poética pueden homologarse como atributos de dioses. El poeta crea la semejanza, o la invoca, desde una compleja enciclopedia en la que los dioses de Homero están presentes. Pero en esta metáfora vemos algo así como una *condensación*, de acuerdo con el modelo freudiano, en el que el juego de semejanzas y oposiciones provoca identificaciones un tanto misteriosas de propiedades semánticas (¿o propiedades del mundo?).

En la analogía, se guarda una proporción entre distintas propiedades. Depende sin duda de hábitos culturales, del contexto, del conocimiento de una enciclopedia. Pero, si bien podemos conjeturar que el término copa es a Dionisos, como el término arma es a Ares, también podemos explicar la catacresis que aparece ya lexicalizada: cuando digo: «la pata de la mesa», digo que la relación entre la pata y el cuerpo de un animal, es a la relación parte no identificada nominalmente de mesa, con la tabla de la mesa, de alguna manera similar. Los rasgos comunes, como en el sueño (Freud, 1900) o el chiste (Freud, 1905), crean identidades nuevas y prodigiosas. Una vez más, ¿el poeta (o el hablante común) las crea, o ya estaban ahí? ¿De qué naturaleza es la ampliación cognoscitiva que esto propone?

Queda claro que para Aristóteles la metáfora concluye mostrando que no se trata de un recurso fortuito, arbitrario, gratuito. Como un acontecimiento del lenguaje, podría ser caracterizada como un simple desvío (con respecto al lenguaje ordinario), y podría ser homologada con la palabra rara, insólita, extranjera, abreviada o alargada, que sugiere el propio Aristóteles. Pero su establecer analogías, su ampliación de los límites cognoscitivos del mundo, sugieren otras funciones que no son sólo las de ornamentación, sino que ingresan en la filosofía primera.

La teoría del símil, que para muchos aparece expresada en las consideraciones aristotélicas, no hace justicia a lo que entendemos apunta el establecimiento de analogías. Quintiliano y Cicerón optaron por despojar de implicaciones ontológicas y de registro lógico al establecimiento de la redescrición del mundo,

a la subversión categorial y el consecuente nuevo ordenamiento que proponía Aristóteles. Para Quintiliano, la metáfora es un símil abreviado, que se condensa en una palabra, y nos evita decir «A es como B», al fijar una fórmula sintética «A es B». El contenido cognoscitivo se pierde cuando se trata sólo de un enunciado comparativo. En este caso, lo único que se gana al usar metáforas es un plus ornamental, un placer estético. Esta teoría y sus derivaciones, es la que, de alguna manera, sustenta todo el pensamiento acerca de metáforas durante largo tiempo, sirviendo de fundamento a la retórica decadente y la tropología de los manuales de retórica clásica.

No es extraño, ni debiera llamarnos la atención que la filosofía se desentienda de la cuestión, sino es para reclamar contra el abuso verbal que entiende difícil y produce confusión. Ésta es una idea moderna, cuya mejor expresión encontramos en Locke: «Si pretendemos hablar de las cosas como son es preciso admitir que toda el arte retórica... todas las aplicaciones artificiosas y figuradas de las palabras que ha inventado la elocuencia, no sirven sino para insinuar ideas equivocadas, mover las pasiones y seducir así el juicio...» (*Ensayo sobre el entendimiento humano*, libro III, cap. X, 34). Esta condena aparece en casi todos los filósofos de la época, y es la base de sustentación del mandamiento a que alude Max Black: «No comerás metáfora». Ociosa y engañadora, cosmética, artificio, superfluidad no tolerable en el discurso filosófico. La cuestión parece cerrada.

Pero Giambattista Vico (1744) en *La Nueva Ciencia*, al discrepar con el abusivo *more geométrico* propuesto por Descartes, y al instaurar la historia como modelo, redescubre la retórica, y también todas las artes y ciencias del lenguaje. Su interés es la «lógica poética», con la que pretende investigar a la vez el origen de las lenguas y de las letras. Así descubre que el origen del lenguaje se encuentra en la metáfora, a la que reivindica como instrumento cognoscitivo que permite asimilar la experiencia del mundo. Los dioses, héroes y hombres recurren al lenguaje, y la locución poética «... nació por pobreza de lengua y por necesidad de expresión; esto se demuestra por las primeras luces de la locución poética que son la hipotiposis, las imágenes, las semejanzas, las comparaciones, las metáforas, los circunloquios, las frases que expresan las cosas por sus propiedades naturales, las descripciones hechas por los efectos más pequeños o más sensibles y por último por los epítetos enfáticos y aún ociosos».

Como vemos, la metáfora no es aquí recurso exclusivo de la poesía, sino que impregna el lenguaje todo. Es más: no parece necesario distinguir entre lenguaje metafórico y lenguaje literal, toda vez que ambos son lo mismo y se articulan de la misma manera. Este momento auroral del lenguaje nos muestra la inti-



ma estructura del mismo. La metáfora es el instrumento de la creación del lenguaje.

## El debate sobre la metáfora

La tropología tradicional, la retórica de los manuales, clasificó exhaustivamente un dominio que había quedado casi en los márgenes de la discusión filosófica.

Con la aparición de una Nueva Retórica, el interés por explicar adecuadamente este fenómeno se va a desplazar de las investigaciones lingüísticas a la misma filosofía: el «giro lingüístico» fue particularmente sensible a la necesidad de renovar una discusión que el siglo XIX había declarado obsoleta.

Parcialmente influenciados por quienes reprochaban los abusos y artificios metafóricos, el análisis lingüístico no podía dejar de lado la cuestión que plantea la metáfora. Si bien la búsqueda de lenguajes formalizados, «ideales», pretende justamente desterrar la equivocidad, ambigüedad y vaguedad de los lenguajes naturales, es posible encontrar desde Frege una preocupación semántica por los sentidos (recordar *Bedeutung* y *Sinn*) que bien puede entenderse como una sutil apreciación del plus de significación que los lenguajes proporcionan, incluso cuando se trata de lenguajes artificiales. Pero la consideración posterior de los lenguajes ordinarios, no podrá dejar de percibir que los usos cotidianos del habla coloquial, no sólo no están exentos de metáforas, sino que las albergan en forma mucho más llamativa que los discursos literarios. Las figuras corrientes, a cuyo uso estamos tan acostumbrados que llamamos «metáforas muertas», esas que ya Du Marsais había reconocido que «... se hacen más en un día de mercado... que en las asambleas académicas», van a concitar la atención de la filosofía del lenguaje. Hablar de la «pata de la mesa» o del «cuello de la botella», constituyen usos habituales: se trata de catacrexis ya incorporadas a nuestro léxico habitual. ¿Cómo sostener que se trata de un «desvío» o una «anomalía», con respecto al recto sentido, si se encuentran presentes con una insistencia tan particular que no las podemos erradicar del lenguaje? Quizá en un momento resultaron sorprendentes, cuando se dijeron por primera vez, pero hoy aparecen como términos que designan sectores de la realidad para los que ningún otro vocablo se encuentra disponible. Cuando decimos que «la recepción fue fría», o hablamos de la «prensa amarilla», estamos mostrando que los conceptos mediante los cuales vivimos aparecen también articulados metafóricamente, y que estas metáforas no sólo aparecen en nuestro discurso, sino también impregnan nuestra acción y nuestro conocimiento. Decir «la nave aró el mar» o hablar del «silencio sonoro de los

rios», son reconocibles ejemplos de metáforas fuertemente incorporadas a un discurso poético, e inevitablemente sujetas a un estilo literario. Pero esto no debe impedirnos ver que «María es un bloque de hielo» o «Juan es un cerdo», son indudablemente metáforas. Cuando alguien dice «Estoy bajoneado» o «estoy en la lona», en esa forma coloquial no demasiado exquisita, nos muestra cómo es posible entender y explicar sucesos del mundo a través del lenguaje.

Pero, ¿qué es lo que diferencia el lenguaje literal del lenguaje metafórico? ¿Cómo reconocemos un caso de metáfora? ¿Qué quiero decir cuando hablo del «uso metafórico» de una palabra?

Estas preocupaciones surgen cuando la metáfora ha dejado de constituir un acotado ámbito disciplinar dentro de la discusión retórica, y ha devenido interesante para espacios de reflexión más amplios. La rehabilitación de la metáfora en la filosofía se sitúa justamente en el momento en que los lenguajes ordinarios devienen interesantes. Ya no se trata de especular acerca de artificios condenables por retóricos, sino justamente la Nueva Retórica va a mostrar que las fútiles taxonomías de la tropología decadente habían dejado de lado la consideración de la estructura misma del lenguaje. En este ámbito de plurales y heterogéneas tendencias y tradiciones, la defensa de la autonomía e irreductibilidad del sentido metafórico, así como la capacidad de la metáfora para ser depositaria de conocimiento, el hecho de que lo llamamos «lenguaje literal» tiene poco que ver con lo que la gente usa en sus manifestaciones más literales, descubre insospechados derroteros que se van a recorrer desde múltiples perspectivas.

I. A. Richards (1936) es el primero que va a sustentar una nueva definición de retórica, proponiéndose realizar un análisis del lenguaje en función de la reanimación del «viejo tema» de la metáfora. Su primer embate lo realiza contra la distinción sentido propio y sentido figurado. Las palabras no tienen significado propio, esto es sólo una peristencia de la teoría mágica de los nombres. Las palabras remiten a contextos, las partes del discurso se interpenetran, hay una fijación del sentido, pero éste sólo está dado por el uso. El uso literario trata, justamente, de restituir todo el juego de posibilidades. Por eso le interesa entender primero cómo funcionan las metáforas en el lenguaje ordinario. La metáfora misma nos está mostrando cómo se efectúan las interacciones más sutiles en el habla. La metáfora, para Richards, presenta la interacción de dos pensamientos, «nos da dos ideas por una». Propone llamar «tenor» a la idea subyacente, y «vehículo» a la idea que moviliza la primera. Pero no se trata de un mero ornamento agregado. Es la presencia simultánea de ambas lo que genera la metáfora. Como vemos, algo de la concepción aristotélica se encuentra aquí.

(Hay algo de la «traslación» en el «vehículo» que propone Richards). Esta

interacción tiene que ver con el mundo que nos forjamos para vivir en él, hay un sentido contextual que se edifica en la interacción, y que desborda del lenguaje.

El famoso trabajo de Max Black (1961), que justamente ha devenido en un clásico sobre este tema, retoma y discute algunos aspectos de la teoría de Richards. M. Black intenta construir la «gramática lógica» de la metáfora. «Las reglas de nuestra lengua determinan que algunas expresiones tienen que ser consideradas metáforas», dice M. Black. En algunos sentidos, esto nos remite al hecho de que la metáfora pertenece más a la pragmática que a la semántica. Por eso las preguntas que se formula se centran en gran medida sobre estos aspectos. «¿Cómo reconocemos un caso de metáfora?». Al analizar algunos casos sobre los que existe consenso en la calificación de metafóricos, es posible observar que al menos una de las palabras usadas aparece como metafórica, aunque las otras aparezcan con «valor literal». Black utiliza para estas palabras el nombre de «foco» de la metáfora, reservando el de «marco», para el resto de la oración. Esto implicaría reconocer al menos dos usos para las palabras, uno «literal» (no «propio», recogiendo la crítica de Richards) y otro «metafórico». Para deslindar qué significa esto, M. Black se impone la tarea de una crítica de las teorías que pretenden que las expresiones metafóricas se utilizan en lugar de otras expresiones literales. Éste sería un enfoque sustitutivo, al pretender que la expresión metafórica puede ser reemplazada por otra literal. Pero puede no haber un sustituto literal: los matemáticos hablan del «lado» de un triángulo, porque no poseen otra expresión que pueda sustituir a la que usan. Quizá la metáfora sólo está llenando un hueco de nuestro lenguaje literal, como una especie de catacrexis institucionalizada en el lenguaje. Pero la catacrexis, justamente cuando es acertada, desaparece y se literaliza.

Tampoco se trata de usar el término metafórico sólo por provocar diversión o placer, no se trata de decorar o recrear. Tal vez podría apelarse a la teoría comparatista de la metáfora. En el enfoque comparativo, también el significado metafórico está en lugar de un significado literal. Esto es una vaguedad «al borde de la vacuidad». La afirmación metafórica no es ningún sustituto de un enunciado literal. Tampoco la comparación. Más bien podría decirse que la metáfora crea la semejanza, antes que simplemente señalar una semejanza que ya existiera con anterioridad. Aquí se impone lo que Black llama el enfoque interactivo de la metáfora, en la que se considera que el «foco» recibe en virtud del contexto creado («marco») una extensión de su significado. M. Black analiza la oración: «Los pobres son los negros de Europa», y conjetura que dicha oración extiende el significado habitual de la palabra focal «negro» a un sentido nuevo, que ya no es su significado literal, ni el que podría tener un sustituto literal. El nuevo con-

texto fuerza una extensión de significado, en el que se atiende tanto al significado antiguo como al nuevo. Al conectar las dos ideas, (pobres y negros), se procede a una iluminación mutua y una cooperación de ambos significados, y en esto reside el «secreto y el misterio» de la metáfora. Cuando decimos que «el hombre es lobo», no necesitamos tanto que el interpretante conozca el significado que el diccionario establece para el término «lobo», ni siquiera necesitamos poseer versación zoológica. Se trata de que conozca el sistema de tópicos que acompañan a «lobo», todo lo que la tradición, el folklore, los mitos, han dicho de lobos. Se trata de nuestra «enciclopedia», todo un conjunto de «creencias» normales acerca de lobos, de lugares comunes que comparten el productor y el interpretante de la metáfora.

Hay todo un sistema de implicancias que domina el aserto de que «el hombre es lobo». La metáfora selecciona, suprime acentúa, en una palabra, organiza, redescubre, una realidad mundana, proveyendo, a partir de la interacción del foco y el marco, un contenido cognoscitivo nuevo. Esta operación intelectual peculiar de la metáfora no es susceptible de «traducción» ni de «paráfrasis». Hay un sentido irreductible en cada metáfora. Toda paráfrasis o intento de sustitución por una oración literal, inevitablemente nos dejará insatisfechos. Se producirá una pérdida de contenido cognoscitivo, no sólo de calidad en el estilo, toda vez que nos empeñemos en trasvasar lo que dice una metáfora en una oración literal.

Paul Ricoeur (1975) elabora la cuestión de la metáfora en el marco de una progresión que parte de la palabra, prosigue en el enunciado y alcanza finalmente la hermenéutica. Su atractivo texto nos remite desde la retórica clásica a la semiótica y a la semántica. Se trata de encontrar qué dice la metáfora de la realidad, su capacidad referencial, su poder para referirse a una realidad fuera del lenguaje. La metáfora aparece entonces como una estrategia del discurso que, al preservar la potencia creadora del lenguaje, «preserva y desarrolla el poder heurístico desplegado por la ficción». Propone un concepto de verdad metafórica en términos de *mimesis*. El discurso poético libera un poder de referencia que Ricoeur llama de segundo grado, que es propiamente la referencia poética. En este sentido, su teoría se vincula con una teoría generalizada de la denotación cercana a la de Nelson Goodman, y de alguna manera también con el concepto de modelo y de «redescripción por la ficción» de Max Black. El arte, pero también la ciencia, se encuentra en el plano heurístico que propone la metáfora. Éste sería el argumento de su hermenéutica de la metáfora. También su estudio es un «alegato por la pluralidad de los modos de discurso».

Es interesante destacar que, para Ricoeur, es la «metáfora viva» la que suscita su mayor interés. No olvidemos que es la *poiesis* del lenguaje la que aspira a

desentrañar. Por eso no debe sorprendernos su rehabilitación de la Retórica, (en el marco doble de una teoría de la argumentación y de la Nueva Retórica), y su discusión de la semiótica y la semántica desde los recursos de las nuevas tendencias lingüísticas.

Nelson Goodman (1968) supone que todas las operaciones simbólicas, verbales y no verbales, cumplen con la función de referencia. Supone que estos sistemas simbólicos «rehacen» la realidad. La metáfora aparece inscrita en este marco referencial. Se trata de lograr una descripción del mundo a través del lenguaje. La metáfora es una aplicación sorprendente, no trivial, de una etiqueta familiar. Con esta reasignación de una etiqueta a un nuevo objeto la falsedad literal se convierte en verdad metafórica. La metáfora reorganiza la visión del mundo, pone en juego «ficciones heurísticas», redescrive un dominio en función de una «muestra»; es verdadera en tanto que conveniente en el juego de la redescipción. Pero las teorías semánticas de la metáfora, tanto las que trabajan desde una presunta relación entre referencias, como las que tratan de explicarla como una relación entre sentidos, parecen fracasar en algunos aspectos. En primer lugar, fallan en distinguir aspectos vinculados con la producción e interpretación de metáforas: qué es lo que hace que una expresión sea metafórica en un contexto y literal en otro (por ejemplo, Juan es un cerdo, puede ser literal si hablamos de un cerdo llamado Juan). Pero si caracterizar si el uso de una expresión es metafórica depende del contexto de su producción, no debemos olvidar que también es el contexto el que nos asegura que una oración es literal. Tales son las prevenciones que desliza Searle (1979), en un original trabajo sobre la metáfora, completado con apreciaciones acerca de la intencionalidad (1983). La idea fundamental en que se basa la distinción entre las disciplinas de la semántica y de la pragmática, es la diferencia entre explicar, por un lado, el significado en el sistema de la lengua y, por otro, explicar cómo se produce la comunicación, en tanto determinada por un contexto y unas reglas en un conjunto de principios que norman los intercambios lingüísticos de los hablantes.

Desde la pragmática, la noción central será la de significado del hablante en circunstancias particulares de uso. Por eso, desentrañar qué cosa sea la metáfora implica indagar sobre la existencia de cierto tipo de elocuciones, oraciones en las que el hablante intenta decir algo diferente de lo que literalmente la oración significa. ¿Por qué usamos este tipo de expresiones? El problema se plantea aquí en cómo funcionan las metáforas. Esto implica, para Searle, distinguir el uso metafórico, de otros usos (como la ironía y los actos de habla indirectos) en los que se produce también una escisión entre el significado literal y el significado del hablante. Muchas teorías, argumenta Searle, han solucionado esto separando signi-

ficado literal de significado metafórico, pero las oraciones y palabras sólo tienen los significados que tienen. El problema es que tampoco sabemos cómo funcionan las elocuciones literales. Dar una explicación de qué pasa con la predicación literal es tan difícil y complejo como explicar qué sucede con la elocución metafórica. Entender una oración literal implica reconocer un sistema de creencias compartidas por el hablante y por el oyente, pues en la oración más literal, sin el concurso de este trasfondo, no podríamos entender cabalmente de qué se trata. Si digo «El gato está sobre la alfombra», entender literalmente esta oración implica compartir con quien produce la oración una serie de creencias sobre gatos y alfombras. Este «trasfondo» preintencional supone un substrato de capacidades no representacionales que actuarían como una postura frente al mundo y los sucesos mundanos, estableciendo las precondiciones para las distintas acciones.

La comprensión del significado literal requiere entender algo que va más allá del significado, que sólo es comprensible en una red de estados intencionales, y junto a un trasfondo de capacidades y práctica sociales.

También para entender que una oración es dicha metafóricamente, debe haber algunas estrategias compartidas que le permiten al interpretante reconocer que la oración no debe entenderse en forma literal. La más trivial sería que la oración, de ser entendida literalmente, sería defectuosa. Estos principios compartidos le permiten restringir ciertos valores del predicado, de acuerdo con ciertos conocimientos compartidos. Una especie de caridad interpretativa, basada en el trasfondo, es lo que sustentaría la posibilidad de la producción/interpretación de metáforas. La naturaleza del contexto interpretativo es la que permitirá restringir los valores más acertados para la comprensión de la metáfora. Es decir que, dados un hablante y un oyente que comparten conocimiento lingüístico y factual que permite la comunicación literal, los mismos son suficientes para la producción e interpretación de oraciones metafóricas. Un mecanismo similar es el que permite la comprensión de la ironía y los actos de habla indirectos. En la ironía, la oración sería burdamente inapropiada para una situación dada, y esto hace que los principios y reglas generales de los actos de habla sean suficientes para la interpretación de la ironía. En los actos de habla indirectos, hay algo así como que, si bien significa lo que dice, significa también algo más.

En todos estos casos, lo que acerca a la metáfora, la ironía y los actos de habla indirectos, es que el oyente tiene que hacer algo más que captar pasivamente un contenido semántico. En este sentido, Searle avanza sobre todo en la interpretación, que es situada en un contexto, dentro de la comunicación. Este ámbito de la interpretación es también el que va a escoger Eco (1984-1990), desde una

perspectiva vinculada a la teoría semiótica. La producción metafórica y su interpretación se realiza sobre una situación de semiosis ilimitada, que a través de la metáfora se reestructura en nudos de semejanzas y diferencias. El tipo de conocimiento que la metáfora proporciona es el de un código, o una enciclopedia. Pero la producción de las metáforas no sigue reglas; por lo tanto parece más sensato trabajar sobre la interpretación. La preocupación de Eco pasa por descubrir si es posible encontrar una diferencia neta entre significado literal y significado metafórico. ¿Hasta qué punto es posible encontrar un «grado cero», algo así como un significado aceptado como puramente literal? No parece fácil. Los diccionarios suelen brindar, en primer lugar, un significado de este tipo, y en segundo lugar, las acepciones figuradas. Cómo establecer este límite, no aparece demasiado claro. En todo caso se acepta como metafórico el significado que no soporta la lectura literal, ya que ésta constituiría una anomalía, o una contradicción, o podría ser entendida como falsa. Pero es típico de algunas construcciones metafóricas soportar una lectura literal; en todo caso, pareciera que sólo el contexto autoriza una decisión.

Si pensamos en la metáfora como una cuestión de contenidos, al situarnos en el plano de la enciclopedia, nos permite entender que interpretar metáforas es algo así como imaginar «mundos posibles», donde la realidad construida por la metáfora ha descrito un nuevo universo. La interpretación metafórica surge de la interacción entre un intérprete y un texto, y el resultado es legítimo en tanto está autorizado por la enciclopedia que comparten ambos. No es un fenómeno intencional, no depende sólo de las intenciones del productor, se trata de un texto más una enciclopedia.

La metáfora requiere del interpretante una capacidad de captación de la polisemia presente en cada texto.

Para Lakoff y Johnson (1980), la cuestión de la metáfora desborda del lenguaje hacia la vida cotidiana. En general, todas las teorías sobre la metáfora conceden poca importancia a la comprensión del mundo, ya que, en gran medida, trabajan sobre el lenguaje de la poesía más que sobre el lenguaje ordinario. Para estos autores, la cuestión se invierte, ya que, lejos de constituir la metáfora sólo un asunto de lenguaje, se trata de una cuestión de pensamiento y de acción. Nuestra vida cotidiana, los sistemas conceptuales que nos permiten pensar y actuar, que estructuran lo que percibimos, son de naturaleza metafórica. El lenguaje que usamos todos los días, es la clase de evidencia lingüística que manejan los autores. Este lenguaje recoge metáforas que revelan procesos del pensamiento humano, sistemas conceptuales que estructuran nuestros comportamientos cotidianos en una compleja red de esquemas que nos proporcionan una lectura de

la experiencia misma en términos de acción, pero también de lenguaje. La metáfora sería, para Lakoff y Johnson, una parte de nuestro funcionamiento, la única manera que tenemos de percibir y experimentar las cosas y sucesos del mundo. En gran medida nuestro sistema conceptual (y las metáforas de nuestro lenguaje) dependen de las «verdades» de nuestra cultura. Reconocer esto quizá ayude a comprender que nuestra descripción del mundo no es necesariamente la única.

De alguna manera, se reconoce un cierto isomorfismo entre experiencia, relaciones lógicas y constitución de metáforas en el lenguaje ordinario. Decir «el tiempo es oro», «destruí su argumento», «me levantó el ánimo», remite a complejas estructuras de conocimiento y experiencia, que han forjado redes conceptuales acerca del tiempo como una substancia valiosa, la discusión como una guerra, el estar arriba mejor que el estar abajo.

El propio lexicón de frases hechas de que dispone cada lengua, articula claramente sistemas conceptuales metafóricos. Las catacrexis («la pata de la mesa», «el cuello de la botella») nos ilustran este punto. La forma en que categorizamos el mundo, nuestras definiciones, incluso nuestra ontología, dependen de las redes estructurales de nuestras metáforas.

Mucho de lo que establecen estos autores, deriva de los aportes del relativismo lingüístico de Whorf, pero también de la psicología cognitiva.

En este sentido resulta relevante recordar que en la psicología que surge de la revolución cognitivista, la rehabilitación del tema de la metáfora ha permitido novedades interesantes en la incorporación de dimensiones tan importantes como la forma en que la mente humana elabora su conocimiento de la estructura del mundo. La producción de conceptos y la subsecuente categorización de la realidad, son temas de renovada discusión entre los teóricos del cognitivismo. Los estudios etnológicos, el análisis ontogenético de la adquisición de categorías y códigos, han permitido descubrir que las taxonomías responden a necesidades de estructuración de la realidad.

Las categorías básicas van unidas a denominaciones verbales que mantienen la distinción conceptual, funcionando como etiquetas léxicas. La construcción cognitiva del mundo que realiza el niño, articula estas etiquetas sobre la base de prototipos que, al estandarizarse, se organizan en categorías. Así, las categorías de color, de objetos o de sucesos, se van organizando jerárquicamente. Los «parecidos de familia», que fundan los primeros prototipos, se plasman en distinciones lingüísticas y gramaticales que se ajustan a las peculiaridades de cada cultura. Para muchos de estos estudiosos, la similitud es un principio básico en estas organizaciones. Es en este contexto en el que se funda la rehabilitación de la metáfora. Ortony (1979) es uno de los que trabaja esta cuestión.



De Vega (1984) al resumir las discusiones del cognitivismo sobre el tema, recoge los antecedentes que, desde distintas posiciones teóricas, han constituido el fondo desde el que el cognitivismo construye su teoría de la metáfora.

La metáfora como dispositivo de colonización cognitiva, es el punto más relevante de esta inclusión del tema metafórico en la psicología. Desde este punto de vista, las metáforas muertas, al constituir vastos sistemas conceptuales, ilustran sobre su rol de amplificadores cognitivos, capaces de incrementar el rango de los fenómenos cognoscibles.

Para estos teóricos, la similitud aparece como un principio básico organizador, tanto a nivel cognoscitivo, como a nivel comportamental. Teniendo en cuenta que este fenómeno subyace a todo tipo de representación y de acción, su extensión al caso de la metáfora aparece como el reconocimiento de una forma de similitud no literal, como una forma aparentemente anómala de atribuir semejanzas.

Debemos reconocer que el análisis de la metáfora no ha preocupado a la psicología sino desde la perspectiva del cognitivismo. En general, para la psicología conductista, hegemónica hasta los años cincuenta en la producción del discurso científico en el área de la psicología académica, la cuestión pasó como una especie de «aberración semántica sin interés». Desde luego que la doctrina freudiana mantuvo un peculiar punto de vista, considerando esta cuestión desde su interpretación del trabajo, del sueño, del chiste y del lapsus. Los fenómenos de condensación y semejanza observados en la función onírica, fueron extendidos a la descripción y explicación del lenguaje y la metáfora, lo que permitió en la relectura de Lacan conjeturar que el inconsciente, estructurado como un lenguaje, aparece como gobernado por las mismas leyes que aseguran la producción de metáforas y metonimias. Pero el discurso psicoanalítico se mantuvo de alguna manera marginal a la psicología académica, al carecer de un referente experimental y eludir los procesos verificacionistas. Un cierto grado de fundamentalismo teórico impidió, por otra parte, la discusión de estos principios con los aportes de otras tradiciones de investigación. Hay que reconocer, por otra parte, la incapacidad general del conductismo para soportar descripciones de comportamiento en términos mentalistas. Esta situación, al producirse la revolución cognitivista, aparece revertida. Una prueba de esto es el interés por la metáfora.

Para la psicología cognitivista, el hecho de que nuestro lenguaje cotidiano aparezca, en una elevada proporción, como tanto, o incluso más, metafórico que el lenguaje poético, así como el hecho de que usemos términos y expresiones lingüísticas de alto índice metafórico en forma habitual, supone que no se trata de un adorno del lenguaje, sino de un artefacto de ampliación cognitiva, median-

te el cual «colonizamos» fenómenos todavía desconocidos.

Los aportes de Lakoff y Johnson van a resultar aquí de guía indiscutible. La teoría de los «modelos» metafóricos usados por el pensamiento científico, propuesta por Max Black, será también una base para la comprensión del trabajo metafórico y su función heurística. Recordemos que Max Black (1961), en su clásico artículo sobre «Modelos y Arquetipos», había asegurado a estos modelos la función de establecer relaciones nuevas. «El empleo de modelos teóricos se asemeja al uso de metáforas por requerir la transferencia analógica de un vocabulario: la metáfora y la construcción de modelos revelan situaciones nuevas». El análisis del concepto de modelo que propone Black, va desde la construcción de modelo a escala y modelos generalizados, pasando por modelos analógicos, hasta los matemáticos. En los «modelos teóricos», se trata de la descripción de una estructura imaginaria capaz de facilitar la investigación científica. El modelo es de alguna manera isomorfo con el dominio que pretende explicar, siendo esto lo que otorga la justificación racional del mismo. También aquí encontramos la existencia de un modelo subyacente que actúa en el pensamiento del científico, la «metáfora radical» (Pepper) de las que surgen los sistemas, las «hipótesis del mundo», todo un «sistema rector de conceptos para describir un nuevo reino de aplicaciones por extensión analógica». Sin duda estos conceptos fundamentan el pensamiento cognitivista, que suscribe esta función heurística de la metáfora, entendiendo que estos procesos de «similitud no literal» que facilitan la comprensión y organizan nuestra conducta deben ser especialmente estudiados como fenómenos habituales y funcionales. Particularmente sensibles se muestran estos autores con la hipótesis de la cancelación, en la que Ortony, entre otros, sugiere que la activación selectiva de algunas propiedades semánticas, y la cancelación de otras, organiza, con dependencia del contexto, las propiedades que deben ser consideradas relevantes –sin duda olvidan que este rasgo también lo comparte el lenguaje literal–. Ortony, por su parte, propone considerar la similitud como un entrecruzamiento y solapamiento de atributos entre dos términos. Estos atributos no son idénticos, sino analógicos. Mientras más distancia exista entre los dominios a que hacen referencia los dos términos implicados, mayor será el efecto de la metáfora. Si bien los psicólogos cognitivos apoyan estas apreciaciones con un notable arsenal experimental sobre la producción y comprensión de metáforas, mucho de lo expuesto no deja de ser compatible con las teorías tradicionales de la metáfora, incluso en sus versiones más convencionales; parte de lo que sostiene ha sido el blanco de los embates más calificados de teorías semánticas, pragmáticas y semióticas actuales de la metáfora. De alguna manera pareciera que estos autores desaprovechan aportes que, desde una perspectiva psicológica, podrían

contribuir a despejar.

Un lugar especial entre las teorías sobre la metáfora es el que debemos conceder a las tesis de Davidson (1984), en su ya clásico artículo sobre lo que significan las metáforas. Su afirmación de que las metáforas no se distinguen de «transacciones lingüísticas más rutinarias» sino en cuestión de grado, no apelando a recurso alguno más allá de los que depende el lenguaje ordinario, lo lleva a conjeturar que, entonces, las metáforas significan sólo lo que las palabras, literalmente, significan. Esta tesis, de apariencia chocante, se contrapone a mucho de lo que se ha dicho sobre el tema. La tradicional discrepancia entre significado literal y significado metafórico queda aquí destruida. El hecho de que todos conengamos en que la metáfora no puede parafrasearse, no se explicaría por la pérdida de un «sentido» poético metafórico, imposible de conservar en la paráfrasis literal, sino por el hecho de que no hay, en la metáfora, nada que parafrasear. Esto no implica desconocer las específicas bondades de la metáfora, ni discutir la legitimidad de su uso. «La metáfora es un recurso legítimo no sólo en la literatura sino también en la ciencia, la filosofía y el derecho; es efectiva en el elogio y en el abuso, en la plegaria y en la provocación, en la descripción y en la prescripción», dice Davidson. Su teoría pretende justamente decir que la metáfora logra más, y que, sin embargo, estos logros no dependen de una diferencia con lo literal.

La metáfora se produce –y se interpreta– en los dominios del uso. En esta dimensión, el significado metafórico depende de los significados originales. La idea tradicional de un símil, esta semejanza propuesta por la metáfora, tampoco necesita de un recurso extra a los significados literales para que funcione. Cuando decimos que «todo es como todo» en el símil, sostenemos verdades triviales, que en la metáfora pueden ser falsedades patentes. Pensemos en «Juan es un cerdo», que será metafórica sólo en el caso de que Juan no sea un cerdo. El símil entre algunas propiedades de Juan y el cerdo puede ser patente (sucio, por ej.). La diferencia entre una mentira y una oración verdadera, o entre una apreciación literal y una metafórica, no radica en el cambio de significado de las palabras que se usan, sino en el uso, en la forma en que se usan. Lo que la metáfora *dice* («una falsedad patente o una verdad absurda»), no necesita paráfrasis. Su significado depende enteramente del significado literal de las palabras. Recordemos que la palabra «cerdo» tiene un significado idéntico en cada uno de los usos mencionados. Como en la ironía, no hay modificación del significado de las palabras en su acepción más literal. Los «prodigios» de la metáfora son de otro orden. La metáfora tiene algo más que una frase literal, eso no lo niega Davidson. Pero, tal como pasa en usos como la ironía o la mentira, lo que la distingue de otras

formas no es el significado, sino el uso.

Las oraciones son entonces candidatas a valores de verdad de la misma manera que lo son oraciones literales.

Rorty (1989) va a extender estos conceptos davidsonianos, al insistir sobre la contingencia del lenguaje. Rorty sostiene que los seres humanos hacen las verdades en la medida en que crean los léxicos que las expresan. De alguna manera, la historia intelectual podría así concebirse como la historia de las metáforas que le dieron vida. Partiendo de la idea de M. Hesse de que las revoluciones científicas son «redescripciones metafóricas» antes que conocimiento de las «cosas mismas», Rorty conjetura que metáforas como el Big Bang o el ADN, son tan metafóricas como el uso que hace Aristóteles de *ousia*, San Pablo de *ágape* o Newton de *gravitas*. De alguna manera Rorty adjudica esta intención a Nietzsche cuando habla de la «verdad» como un «ejército móvil de metáforas». Se trata de herramientas para hacer cosas que hasta entonces no eran posibles. Para arribar a estas conclusiones es necesario concebir la distinción entre significado literal y significado metafórico en la misma forma en que lo hace Davidson. No se trata de una distinción entre dos especies de significados, sino una distinción entre un uso habitual y uno inhabitual de los términos. El uso literal estaría vinculado a las viejas teorías, y lo que llamamos uso metafórico al nuevo léxico de una redescripción del mundo. Si la metáfora tiene éxito, su uso habitual convertirá en literal su significado, le dará un lugar en un juego de lenguaje. Se convertirá entonces en lo que son la mayoría de los términos de una lengua: una metáfora muerta. Esto implica, dice Rorty, abandonar el tratamiento de la metáfora que hacen los platónicos y los positivistas, quienes, pese a su diferencia, comparten un criterio reduccionista de la metáfora, al pensar que ésta es, o inservible, o parafraseable. Los románticos, en cambio, apelan a la «imaginación», una misteriosa facultad del yo, capacitada para entender el mundo en forma no literal. En cambio, para un davidsoniano, alguien que hace una metáfora, ha encontrado una herramienta, una parte de un nuevo léxico que propone una mejor descripción de la realidad.

Derrida, desde una tradición vinculada a Heidegger y la hermenéutica, postestructuralista, propone, en *La mitología blanca* (1971) y en *La retirada de la metáfora* (1987), el trabajo de la metáfora en el texto filosófico, la elaboración de algo así como un metalenguaje metafórico y metafilosófico, que nos permita encontrar en «la mitología blanca» de la metafísica, un lenguaje, un logos, que toma por la forma universal de la Razón. La metáfora es entonces un filosofema, un concepto metafísico. Los tropos que instituyen los «primeros» filosofemas, (por ejemplo «el hombre», «el alma», «Dios») constituyen un repertorio de domi-

nios, que devendría una clasificación de discursos filosóficos según los criterios taxonómicos derivados de las metáforas, una retórica filosófica dependiente de los tropos que le dieron origen y proponiendo desviaciones, o bien produciendo orden, en función de estas herramientas.

El fin de la representación propone la desconstrucción como método, pensar la genealogía de la filosofía estructurada en sus conceptos, hasta llegar a sostener que no es la metáfora lo que estudia la filosofía, sino encontrar la filosofía en la metáfora. De esta manera la oposición entre sentido propio y sentido figurado pierde sentido. La autodestrucción de la metáfora es la autodestrucción de la filosofía. Abandono de la ilusión de «origen» y clausura del sentido, «hacer saltar la oposición tranquilizadora de lo metafórico y lo propio», tal parece, en suma, lo que proponen los textos derridianos.

Según Rorty, la idea misma de la creación de un «metaléxico» que nos ofrezca un «espacio lógico» donde situar todo lo que alguien llegue a decir alguna vez, es la ilusión que abandona Derrida.

## Reflexiones sobre la metáfora

Si analizamos lo que se ha dicho sobre metáfora, tanto desde las teorías más tradicionales, como desde el debate actual, creemos que se pueden establecer ciertos nudos conceptuales que aparecen como ejes que vertebran la mayoría de las discusiones sobre el tema. Provisoriamente, centraremos nuestras reflexiones sobre:

- Habla ordinaria-lenguaje poético. El lugar de la metáfora.
- Significado literal-significado metafórico. Límites de lo literal.
- Metáfora y teoría del simil.

### Metáfora y habla ordinaria

La cuestión de la metáfora aparece en Aristóteles en la *Poética*, pero también en la *Retórica*. Esta doble dependencia del tema, autoriza a suponer que, para Aristóteles, había que describir, explicar, y también prescribir, sobre las artes y las ciencias del lenguaje. En los dominios de la poesía, había que advertir sobre el uso de los tropos: en los dominios de la retórica, sobre el poder de las figuras para el discurso persuasivo. Pareciera que éstas son las fronteras y los límites naturales del quehacer metafórico. Sin embargo, la conceptualización misma de lo metafórico señala hechos comunes entre el lenguaje de los poetas y el lenguaje común.

Max Black considera en cambio el lenguaje común como el lugar adecuado para estudiar la metáfora. «Las reglas de nuestra lengua determinan que algunas expresiones tienen que ser consideradas metáforas». Y el hablante no puede cambiar esto. Si hablamos un lenguaje, estamos obligados a «cometer» –y a entender– metáforas. Claro está que estas reglas son muy amplias, pero de todas maneras imponen sus restricciones.

Cuando el retórico clásico Du Marsais, heredero de la tradición taxonomista de la tropología decadente, asevera que «se hacen más metáforas en un día de mercado» que en las sesiones académicas o las obras literarias, pese a su filiación retórica y prescriptiva, pone el acento sobre el particular hecho del lenguaje sobre el que ya había insistido Vico. La metáfora aparece como constituyente del lenguaje en cuanto examinamos expresiones lexicalizadas de uso común, las «metáforas muertas» de las que toda lengua posee un repertorio extenso. La catacresis, o metáfora de uso forzado, parecen justamente interesantes, al proponer por su uso, una explicación de la naturaleza de la metáfora. Pareciera que en toda lengua, algunas ideas carecen de signo lingüístico que las distinga, y entonces se echa mano de la catacresis, que le brinda un sentido que podríamos denominar extensivo. Pareciera que el conjunto de estas metáforas forzadas las aprendemos cuando adquirimos el lenguaje. El niño que aprende su lengua materna, aprende con ella un conjunto de expresiones que forman el fondo mismo de «uso disponible», el bagaje de frases hechas, todo un amplio dominio de sentidos establecidos. Este aprendizaje coloca al niño en la disposición de entender qué pasa con la lengua que aprende, qué reglas le proporciona ese lenguaje. Descubre quizá una de esas reglas: algunas expresiones son metafóricas. Cuando la madre le dice: «sos un angelito», o bien «mi pequeño cerdito» (según carácter y gustos) el niño descubre que esto o es una falsedad literal, o bien una verdad metafórica. Quine (1978), en un simposio sobre metáforas, piensa que la expresión de semejanzas subjetivas, aplicadas por analogías a dominios diferentes, le permite al nuevo usuario de la lengua crear sus primeras metáforas. Si éstas reciben el aplauso de las otras personas, se habrá descubierto el mecanismo para construir metáforas. Claro está que estas metáforas van a diferir de las sofisticadas creaciones del uso literario, pero van a incrementar el repertorio del uso común.

Estas metáforas que «nacen muertas», bien nos pueden hacer reflexionar sobre la pretendida literalidad del discurso común, sobre el hecho muchas veces enunciado de que el habla ordinaria se identificaría con la literalidad, y el uso poético sería el metafórico. También nos puede señalar que es erróneo pensar que la metáfora es ornato agregado (y superfluo) del lenguaje. La metáfora parecería, según estas reflexiones de Quine, como un dispositivo de adquisición y

crecimiento del lenguaje. Lo que luego aparecerá como un refinamiento lingüístico –metaforizar–, en los inicios del aprendizaje parecería constituir un mecanismo de adquisición de las propias estructuras del lenguaje.

Si recordamos la definición de Von Humboldt (1836) de lo que es el discurso, «un uso infinito de medios finitos», estaremos de acuerdo en que la creatividad es fundamental en la adquisición, pero también en el uso, de todo lenguaje. Un recurso de esta creatividad es la catacrexis, que permite extender significados, alcanzar dominios nuevos para signos viejos. Las metáforas muertas así construidas, son quizás las más vivas, y la persistencia de su uso bien nos puede advertir sobre su eficacia (Searle, 1979).

Si las metáforas son más frecuentes en el habla ordinaria que en la literaria, esto nos está diciendo algo acerca de cómo se construye, y cómo se usa, un lenguaje. También nos está diciendo algo acerca de qué es el lenguaje. Cuando hablamos de metáfora en este contexto, es bien fácil reconocer que, cuando hablamos, hacemos un uso cognitivo del lenguaje. Queremos hacernos entender, queremos decir algo. Y cuando los recursos de que disponemos en la lengua no alcanzan, inventamos la forma de extender el significado de un término hacia un rango mayor de objetos. Nuestra vida cotidiana (Lakoff y Johnson, 1980) aparece impregnada de aciertos metafóricos, que terminan formando sistemas conceptuales sobre los que se organiza nuestra experiencia. Así, el lenguaje que usamos modifica nuestras acciones, ordena y categoriza la experiencia.

Las metáforas del habla ordinaria, son, de acuerdo con esto, metáforas fundantes, cuyo menor énfasis es el ornamental. Entender qué cosa sea la metáfora, es sobre todo entender este hecho.

Para una teoría de la metáfora, el habla común es el lugar más interesante. El lenguaje poético, en cambio, debiera tratarse como un caso particular del uso de la metáfora, un ámbito acotado, restringido, cuyo interés radica sobre todo en constituir un espacio «de prueba», donde mejor puede distinguirse la interpretación y producción de metáforas.

### Significado literal-significado metafórico

¿De qué manera difiere la metáfora del lenguaje literal? Esta pregunta se encuentra en la base de toda teoría de la metáfora. ¿Por qué usamos metáforas, en lugar de un lenguaje literal? Podría ser el complemento. ¿Existe realmente un lenguaje literal?, es la pregunta que podríamos formularnos si pretendemos agotar la cuestión de esta pretendida escisión de los lenguajes naturales.

El diccionario de la Real Academia dice acerca de metáfora «tropo que

consiste en trasladar el sentido recto de las voces a otro figurado...». Pero, ¿a qué llamamos *sentido recto*? ¿Podríamos pensar que toda palabra tiene al menos dos significados, uno literal, propio, recto, y el otro metafórico, desviado, figurado? Muchos diccionarios dan, al lado del pretendido significado literal, uno o varios sentidos figurados.

La cuestión de si es posible trazar una línea neta que divida el significado metafórico del significado literal, es uno de los aspectos más debatidos en la actualidad. Poder responder afirmativamente a esa problemática, no parece fácil. Cohen (1970) supone que si se trata de un *desvío* del sentido recto, será preciso analizar en qué forma se realiza este desvío. La idea misma de *norma* se encuentra cuestionada en la lingüística y en la retórica actual.

Suponer que el criterio para acordar literalidad a un enunciado sea su frecuencia estadística, no parece tampoco demasiado sólido, ya que las catacrexis inundan el discurso. Podríamos decir que el «grado cero» del habla literal se encuentra en el discurso científico, en trabajos de índole técnica, si no fuera porque conocemos qué modelos y metáforas son útiles comunes del científico. Searle (1980) sugiere que es necesaria una interpretación metafórica cuando la interpretación literal sería absurda o sin sentido. Si un enunciado metafórico es tratado como literal, nos encontraríamos con anomalías semánticas, autocontradicciones, o aseveraciones falsas. Pero dar una explicación de lo que es el habla literal, no es menos difícil que expresar por qué una oración es metafórica.

Caracterizar qué cosa sea una oración literal conlleva la dificultad añadida de que todos creemos saber que es una elocución literal, y la mayor parte de los teóricos de la metáfora dan por supuesto que esto es así. Por eso fracasan en distinguir las oraciones literales de las metafóricas, o lo hacen de tal manera que no queda claro qué es lo que las distingue. De hecho, distinguir una frase literal no es sencillo. Searle analiza la oración «El gato está sobre la alfombra» que, de hecho, todos estaríamos de acuerdo en suponer literal. Pero esta oración, para ser cabalmente entendida, necesita del recurso de un conjunto definido de condiciones de verdad, relativas a un contexto particular. Hay un fondo de supuestos que no se encuentran semánticamente presentes en la oración, pero sin cuyo concurso no podríamos entenderla. Hay todo un fondo de supuestos fácticos que comparten el hablante y el intérprete, en cualquier oración, por literal que ésta sea. Hay todo un conjunto de creencias compartidas sobre gatos, alfombras y estar sobre, que hacen que el intérprete deba contribuir con algo más de lo que está presente en el contenido semántico de la oración. Searle (1983) insiste sobre estos aspectos cuando analiza lo que llama el «trasfondo» preintencional compartido como base para la comprensión de la oración literal. El análisis de Searle



incluye aquí un ejemplo interesante del habla cotidiana. Cuando debemos entender oraciones tales como:

- 1) - **abrió** la puerta
- **abrió** los ojos
- **abrió** su libro
- **abrió** la herida

pareciera que la palabra «abrió» tiene en todas el mismo significado literal. Si consideramos los siguientes ejemplos:

- 2) - **abrió** la discusión
- **abrió** fuego
- **abrió** un restaurante

podemos notar que aunque el significado literal que se atribuye es el mismo en todas las oraciones del primer grupo, la forma en que se entiende el contenido semántico en el segundo es distinto. Entender literalmente estas oraciones (las del primer grupo) implica entender cada vez de forma diferente el verbo «abrir». Pareciera que en cada caso hacemos uso de instrucciones diferentes para entender qué quiere decir «abrir», aunque, de hecho, pensamos que no nos estamos alejando de su significado literal. Esto le lleva a sospechar a Searle que el hablante contribuye, en buena medida, con la comprensión de algo más que el contenido semántico. En la comprensión hay algo más que la captación de significados, lo que el oyente entiende va más allá del significado. Debemos concluir que en el primer grupo de oraciones entendemos en cada caso el mismo significado literal *de modo diferente*. En el segundo grupo, es más discutible si hay significados diferentes. La explicación «simple y obvia» de estos casos, le sugiere a Searle trascendentales consecuencias para cualquier teoría clásica de la comprensión. Cada una de las oraciones del primer grupo se entiende dentro de una *Red de estados intencionales* y junto a un *Trasfondo* de capacidades y prácticas sociales. Esta red es la que produce una comprensión de las distintas formas de entender «abrir». Las diferencias entre esta red y el trasfondo, entre estados intencionales y prácticas sociales, es lo que produce la comprensión. De alguna manera, en Searle queda claro que la comprensión de oraciones literales exige casi tanto como la comprensión metafórica. Si existieran reglas para la producción y comprensión de metáforas, éstas, en última instancia, no serían independientes del trasfondo. Sin embargo, la metáfora, como la ironía, o los actos de habla indirectos, no requieren de convención alguna, extralingüística o de otro tipo, que los principios de la conversación y las reglas generales para ejecutar

actos de habla.

Para Davidson, los límites de lo literal tampoco son precisos. El significado depende de la intención y de los aspectos públicos de un acto de habla. Las palabras, entonces, tienen significado en contextos. Son literales en un contexto, por el uso social del lenguaje, uso social que aparece como definiendo en qué condiciones una oración será literal o tendrá sentido metafórico. De alguna manera, la interpretación de la oración, el adjudicarle sentido literal o metafórico, dependerá de la intención del productor, pero también de la información suplementaria brindada por el contexto.

Al abandonar la expresión «sentido literal» por la expresión «sentido primario», Davidson parece adjudicar a este último término un lugar en el uso social, en el contexto, que define en forma mucho más laxa los límites entre literal y metafórico. Su afirmación de que la metáfora sólo dice lo que dicen las palabras literalmente, queda de alguna manera sustentado en el uso. Lo que distingue a la metáfora de otras «transacciones más rutinarias», no es su significado, sino su uso.

## Metáfora y teoría del símil

Quizás la teoría que más ha persistido en toda la historia del tratamiento de la metáfora, sea la teoría del símil. La idea de que la metáfora instituye una relación de similitud, muchas veces fue entendida como que tal identidad existía entre los referentes, y la metáfora sólo abría un espacio para su captación. Otras veces se habló de identidad sémica entre los contenidos de las expresiones. Pero el trabajo de la semejanza parece estar sustentado en gran medida en la definición clásica, en la que la metáfora proveía una sustitución. En la tropología, este rol de la semejanza estaba asociada a la idea de la transferencia de la idea primitiva a una nueva. La metáfora se definía como el tropo de la semejanza. Se trataba de una semejanza abreviada.

Jakobson (1953), trata la cuestión en su famoso artículo sobre metáfora y metonimia, donde asocia estas figuras a dos procesos generales del lenguaje, dos modos de ordenación de signos: combinación y selección, contigüidad y similaridad. Esta misma polaridad había sido advertida por Freud, al describir el trabajo del sueño (y en general de los procesos inconscientes) nombrándolos como condensación (metáfora) y desplazamiento (metonimia). La coincidencia entre el artículo de Jakobson y la teoría freudiana, sería luego ampliamente aprovechada por Lacan, quien supone un rango importante para los procesos metafóricos en toda la estructura del lenguaje, que finalmente casi se explicaría a través de la

metáfora.

Sin embargo, en todo el debate contemporáneo acerca de la metáfora, la crítica acerca de la teoría de la semejanza fue fundamental. Max Black, al rechazar la idea de la semejanza, supone que la teoría del símil es de una vaguedad «al borde de la vacuidad». Para Black, la enunciación metafórica no es el sustituto de ninguna comparación. En todo caso, la metáfora crea la semejanza, antes que formular una percibida con anterioridad. Eco (1990) encuentra la idea de la comparación francamente ridícula, cuando sugiere que el verso del *Cantar de los Cantares* que dice: «*Tus dientes son como un rebaño de ovejas que salen del baño*» para hablar de la sonrisa de una bella muchacha, pueda interpretarse como un montón de ovejas balantes y mojadas.

La similitud se da entre las propiedades de dos sememas, no es una similitud empírica; no se descubre una similitud sino se la construye.

Por otra parte, Scarle piensa que las condiciones de similaridad no sirven para explicar la metáfora, pues también desempeñan un rol en las elocuciones literales. Es decir, hay semejanza tanto en oraciones literales como metafóricas. Pero en la metáfora no siempre hay dos objetos que comparar, no siempre son enunciados de similaridad. La similaridad puede estar en la intención del hablante, en la producción de la metáfora, pero no en el significado. En todo caso será propio de la interpretación descubrir alguna semejanza. Pero ésta se encuentra, no en los objetos a que refiere, en la referencia, sino en una relación entre sentidos, creencias, etc. Y, por otra parte, todo esto sucede también con las elocuciones literales. Por lo tanto, la teoría del símil no logra explicar nada sobre metáforas. Davidson cree que la idea «trillada» de la semejanza carece de poder explicativo frente a la metáfora. «Todo es como todo», dice exagerando. Pero la diferencia entre el símil y la metáfora está en que casi todos los símiles son verdaderos, y casi todas las metáforas son falsas.

Para la psicología cognitiva, la metáfora es un caso de símil no literal, que establece una conexión semántica entre términos procedentes de dominios alejados. Nuestra capacidad de descubrir y comprender analogías estaría en la base de la teoría de la metáfora. Ortony propone un modelo de doble similitud que considera que los términos implicados (tenor y vehículo de la metáfora) deben proceder de dominios conceptuales distantes, y que los atributos compartidos deben tener distinto grado de prominencia en cada uno de los términos. Se trata, no de identidad, sino de analogía. Hasta donde alcanzamos a comprender, estos autores no logran mejorar demasiado la teoría tradicional, y no parecen distinguir claramente el lugar del símil, aunque saquen provecho del concepto de analogía como explicación cognitiva. De todas maneras, parece faltar mucho para

que una teoría de la metáfora desde el cognitivism, proponga modelos relevantes a la discusión de los enunciados metafóricos.

### **Algunas conclusiones todavía provisionarias**

No es tarea fácil concluir en forma más o menos definitiva sobre un tema tan vasto y tan discutido como el de la metáfora.

Venerables teorías tradicionales y discursos de distinto rango en nuestro tiempo comparten verdades y mantienen errores sobre el tema. Por muy elemental que haya sido el análisis que hemos propuesto, esto no ha impedido comprender la multiplicidad de encuadres teóricos y de tratamiento que sugiere el tema. Casi no es posible reducir esta heterogeneidad y pluralidad a las dimensiones de un discurso unívoco. Las distintas tradiciones filosóficas, las muy diferentes escuelas de pensamiento científico sobre el lenguaje, las corrientes de la crítica literaria, la poética y la nueva retórica, la teoría de la argumentación, el psicoanálisis y la psicología cognitiva, todos tienen algo que interrogar, y algo que responder, sobre la metáfora. Precisar cuál será el ángulo de nuestro aporte, tiene que ver con situar qué compromiso se adoptará frente a nudos conceptuales estimados como relevantes para situar toda teoría de la metáfora. Podríamos enunciar estos compromisos desde:

#### **El lugar de la metáfora. Habla ordinaria y lenguaje poético**

Desde luego que el interés nuestro, primariamente definido como desde la filosofía del lenguaje, se remitirá a la tesis de que el lenguaje ordinario es el mejor «campo de pruebas» de toda teoría de la metáfora. El hecho de que nuestra habla cotidiana, no sólo no está exenta de metáforas, sino que es casi en igual medida literal y metafórica, (cuando ambos sentidos se pueden distinguir), es lo suficientemente relevante como para concluir que la metáfora, lejos de constituir un recurso extraordinario de la retórica (en todos los sentidos no triviales del término) y de la poética, es un expediente común en la atribución de sentido. Al contrario, el recurrir a la poesía, o a la ficción en general, sólo amplía la perspectiva al proponer modos innovadores, no convencionales, fuera de la rutina, pero no menos sorprendentes que los usos habituales.

El poeta, hasta donde es posible comprender su oficio, hace un uso extraordinario de medios ordinarios, así como el pintor usa los mismos colores, sea un artista, un pintor de «brocha gorda», un niño que colorea su cuaderno de clases. Parece que se trata de una cuestión de sorpresa, novedad, creatividad, pero que

se resuelve con los mismos recursos del habla coloquial. En el habla común, a cuya comprensión estamos habituados, las metáforas se suceden con una frecuencia pasmosa. Pruebe cualquiera a marcar frases literales y frases metafóricas en un discurso común, y pronto verá que la estadística muestra mayor número de expresiones metafóricas que en el discurso poético.

### Significado literal-significado metafórico

No parece existir un límite preciso entre las oraciones literales y las metafóricas. Todo lo que podríamos acotar sobre lo literal, de alguna manera también podría aplicarse a oraciones metafóricas. Las teorías de Searle y de Davidson parecen fundamentales al respecto. O estos límites no existen, o al menos son muy imprecisos. La pregunta sobre qué es lo que distingue la metáfora de otras transacciones (tales como la ironía, los actos de habla indirectos, la insinuación, la mentira...) parece no tener una respuesta definitiva. La casi imposibilidad de marcar esos límites, parece tener que ver con el rol protagónico de la metáfora en nuestros discursos y en nuestras vidas cotidianas. Apenas es posible desprenderse de las redes conceptuales metafóricas que impregnan nuestras acciones y palabras. Las creencias compartidas, que forman el tejido de un trasfondo preintencional, las prácticas sociales allí involucradas, parecen constituir un sistema donde lo literal y lo metafórico son como dos caras de la misma moneda.

### La teoría de la semejanza

Este viejo nudo conceptual alrededor de la metáfora, parece de alguna manera comenzar a desatarse cuando advertimos que la semejanza no está en los objetos a que refiere la metáfora, sino en los contenidos sémicos de los términos involucrados. Tampoco parece que la semejanza fuera algo ya objetivamente existente, a lo cual sólo hace mención la metáfora, sino una creación derivada de su uso. Pero esto no es definitorio para el lenguaje metafórico: en los usos literales también se marcan comparaciones, se observan semejanzas, se concluyen analogías. Y muchas veces en la metáfora no hay nada que comparar. La teoría del símil, pese a su respetable tradición y a su aspecto fundacional, no parece agregar nada al estudio de la metáfora.

Uso, contexto, trasfondo. Diccionario, enciclopedia.

Convengamos en que la dimensión del uso parece la más adecuada a la

producción e interpretación de metáforas. Ubicar la metáfora en la pragmática coincide con aquellos aspectos más relevantes que intervienen en su aparición. Dependá o no totalmente de las intenciones del productor, la metáfora recibe en gran parte su sanción del contexto. Como en otras elocuciones especiales (la ironía, por ej.) la dependencia de una metáfora con las circunstancias de su producción no escapa a una observación detenida. Los límites de la interpretación estarían dados por la enciclopedia, ya que aquí no sólo se trata de la dependencia de un trasfondo, sino también de la enciclopedia compartida. En los casos literarios la interpretación exige el conocimiento de la enciclopedia, pero también en los casos del habla ordinaria muchas preferencias no resultan entendibles si no se apela a un marco común, que no es sólo el del código.

### Paráfrasis. Traducción

La metáfora es irreductible, posee un sentido que sólo puede ser interpretado a partir de su producción. Este sentido no puede ser parafraseado –incluso en los casos más simples– sin una pérdida considerable de eficacia, economía, y, eventualmente, belleza. La paráfrasis causa una insatisfacción cognoscitiva, no sólo una insatisfacción estética. «No hay nada que parafrasear».

La traducción de una metáfora posee el grado de indeterminación propia de toda traducción, con el agregado de que la metáfora a veces deja de existir. Una metáfora no resiste el traspaso a otro idioma sin perder eficacia, economía y belleza. La traducción suele ser una pobre paráfrasis de la metáfora.

Tampoco una metáfora resiste a las modificaciones de la enciclopedia. Muchos ejemplos clásicos se muestran desgastados, opacados, porque la enciclopedia donde se gestaron nos resulta ahora desconocida.

### Metáfora y conocimiento

La metáfora no es sólo un agregado ornamental.

Esto tiene que ver también con la paráfrasis. La dificultad de la misma reside en un contenido cognitivo que no puede expresarse de otro modo. La metáfora nos redescubre el mundo, nos provee de «etiquetas» nuevas (Goodman), o nos acerca a complejas redes de significación científica y filosófica. Rorty nos muestra cómo la construcción de nuevos léxicos acompañan a las revoluciones científicas. Cuando un léxico se ha vuelto obsoleto, cuando no describe convenientemente el espacio para el que fue creado, es suplantado por otro léxico, que al principio puede aparecer como metafórico, pero que se va literalizando en la

medida en que demuestra su eficacia para designar situaciones epistémicas nuevas.

Éste es quizá uno de los aspectos más interesantes en todo estudio de la metáfora. Su capacidad para generar un nuevo conocimiento no está sólo presente en la metáfora científica o en la historia del pensamiento. Esta capacidad de fundar nuevos dominios «colonizando» territorios incognoscibles, aparece sobre todo documentado en la psicología cognitiva. La forma en que la metáfora describe y redefine el mundo, parece estar asociada a la capacidad misma del lenguaje de sustentar objetos y sucesos mundanos. La filosofía misma aparece asociada, tanto a nivel lógico, como epistemológico-ontológico, a estos avatares. Contestar la pregunta sobre por qué la metáfora interesa a la filosofía, es también contestar a la pregunta de por qué el lenguaje interesa a la filosofía.

## Comentario Final

La precariedad de estas conclusiones y su escaso énfasis argumentativo están relacionadas con ciertas perplejidades que el trabajo mismo no hizo sino aumentar. Pareciera que, una vez establecidos los compromisos a que hicimos referencia, mucho queda por hacer. Una forma sensata de formular conclusiones, sería proponer nuevos espacios a indagar, antes de dar la cuestión concluida. Estos nuevos lugares de búsqueda podrían enunciarse en forma tentativa como:

- Una más exhaustiva interrogación a los textos tradicionales sobre el tema. Aristóteles parece no haber agotado su pertinencia. La misma retórica clásica merece una nueva lectura.
- La adquisición de la lengua materna parece un ámbito adecuado para una reflexión psicológica, pero también epistemológica, para establecer distinciones sobre el trabajo de la metáfora y su función cognoscitiva.
- Un registro pormenorizado del papel de la metáfora y los «modelos» en la práctica científica y en el discurso metafilosófico.

Al concluir este trabajo algunos problemas parecen haberse acotado lo suficiente, como para permitir nuevos avances en las direcciones propuestas.

## Bibliografía

ARISTÓTELES. *Poética. Retórica. Organon*

BLACK, M. 1966.. *Modelos y metáforas*. Madrid: Tecnos.

———. 1978. Cómo trabajan las metáforas. Una respuesta a D. Davidson. En: *On*

- Metaphor*. Chicago: Sheldon Sacks. Universidad de Chicago. (Traducción Martha Botto-U.N.Sa.).
- BUSTOS, G. La metáfora y la filosofía contemporánea del lenguaje. En: Revista *Anthropos*, núm. 129. España.
- COHEN, J. 1982. *Teoría de la figura* (Inv. Retóricas II), Buenos Aires.
- DAVIDSON, D. 1990. *De la verdad y de la interpretación*. Barcelona: Gedisa.
- DERRIDA, J. 1971. *La mitología blanca. (Márgenes de la Filosofía)*. Madrid: Cátedra.
- DE VEGA, M. 1984. *Introducción a la Psicología Cognitiva*. Madrid: Alianza.
- ECO, U. 1990. *Semiótica y filosofía del lenguaje*. Barcelona: Lumen.
- . 1992. *Los límites de la interpretación*. Barcelona: Lumen.
- GOODMAN, V. 1978. La metáfora como esclarecedora. En: *On Metaphor*. Chicago: Sheldon Sacks. Universidad de Chicago. (Traducción Martha Botto-U.N.Sa.).
- GOODMAN, N. 1974. *Los lenguajes del arte*. Barcelona: Seix Barral.
- GÓMEZ, V.; ZAPATERO. 1993. *Metáfora: espacios mentales e intencionales*. México: Congreso ALFAL.
- GREIMÁS, A. J. 1982. *Semiótica. Diccionario razonado de la teoría del lenguaje*. Madrid: Gredos.
- GRUPO. 1987. *Retórica general*. Barcelona: Paidós.
- HUMBOLT, W. 1990. *Sobre la diversidad de la estructura del lenguaje humano*. Barcelona: Anthropos.
- JAKOBSON, R. 1980. *Fundamentos del lenguaje*. Plema.
- LAKOFF y JOHNSON. 1990. *Metáforas de la vida cotidiana*. Madrid: Cátedra.
- LE GUERN, M. 1990. *La metáfora y la metonimia*. Madrid: Cátedra.
- NORMAN, D. A. 1987. *Perspectiva de la ciencia cognitiva*. Barcelona: Paidós.
- LOCKE, J. *Ensayo sobre el entendimiento humano*.
- ORTONY, A. 1979. *Metaphor and Thought*. Cambridge.
- PERELMAN; OLBRECHTS. 1989. *Tratado de la argumentación*. Madrid: Gredos.
- QUINE, W. V. O. 1978. Reflexiones sobre la metáfora. En: *On Metaphor*. Chicago: Sheldon Sacks. Universidad de Chicago. (Traducción Martha Botto-U.N.Sa.).
- RABOSI, E. 1992. Comentario sobre metáforas. En: El Villanueva (Comp.). *V Simposio Internacional de Filosofía. Actas*. México: UNAM.
- RICOEUR, P. 1977. *La metáfora viva*. Buenos Aires: Megápolis.
- RORTY, R. 1991. *Contingencia, ironía y solidaridad*. Buenos Aires: Paidós.
- SEARLE, J. 1980. *Metaphor*. Cambridge. (Traducción Hugo Saravia, U.N.Sa.).
- . 1992. *Intencionalidad*. Madrid: Tecnos.
- VICO, G. *Ciencia nueva*.
- WEINRICH, H. 1981. *Lenguaje en textos*. Madrid: Gredos.